

INDÍBIL

UN REYEZUELO IBÉRICO EN LA ENCRUCIJADA DE DOS IMPERIALISMOS

Sagunto, Numancia y Viriato señalan los momentos cumbres de la lucha por la libertad ibérica en la épicas centurias transcurridas desde el desembarco del primer conquistador púnico en España hasta la conquista del sector cantábrico por los romanos. La magnitud y trascendencia de los hechos que esos tres nombres evocan se vió reflejada en los encomios y prolizas narraciones con que los han transmitido a la posteridad historiadores griegos y latinos.

Peró junto a estos casos de universal renombre, ilustraron aquellos siglos de pugna entre la semibárbara libertad peninsular y el imperalismo civilizador de Roma incontables episodios y personajes, que, si pueden parangonarse con aquéllos en la nobleza de los móviles y en la virilidad de los sacrificios, son de secundario rango por la menor cuantía de los recursos bélicos, por lo efímero de las resistencias y, sobre todo por su intrascendencia con respecto al desarrollo de la gran política internacional coetánea.

Como era de esperarse, ni estos hechos ni sus protagonistas atrajeron la atención de los historiadores clásicos con la frecuencia y con el interés con que registraban los grandes acontecimientos, y sólo escuetas y dispersas noticias han perpetuado el recuerdo de muchos de ellos, habiendo sin duda quedado otros muchos sepultados para siempre en el olvido.

Las empresas y azares del reyezuelo Indíbil, a cuya evocación va encaminado este trabajo, si bien pertenecen a este orden de acontecimientos que convencionalmente llamaremos menores; diéronse en un momento tan singular de la historia de la península y se entrelazaron con hechos de tanta trascendencia para los destinos de la misma, que, aunque no alcanzaron a torcer el curso de los mismos, merecieron de la historiografía clásica menciones más numerosas y detalladas de lo que hubiera sido dable esperar en otras circunstancias.

Cuanto de él sabemos, empero, se relaciona con su participación en la segunda guerra púnica y las inmediatas consecuencias de ésta; del resto de su existencia sólo conjeturas podríamos formular. Por ello hemos descartado la posibilidad de trazar una biografía; el epígrafe, elegido de propósito, señala los límites a que hemos querido y debido ceñirnos: el retrato del caudillo de una de las muchas comunidades ibéricas de entonces en las duras contingencias que creó para éstas la presencia de las dos grandes potencias imperialistas, Roma y Cartago, en España. Si aun dentro de estos límites la figura del reyezuelo queda en determinados momentos desdibujada, atribúyase ello a la insuficiencia de las noticias que poseemos; si a veces aparece como relegada a un plano secundario respecto de otros personajes históricos, ello obedece a que, siendo las comunidades indígenas piezas secundarias en la lucha romano púnica, hemos debido expláyanos en la narración de ciertas fases de esa gran contienda, puesto que, aunque accesorias en nuestro tema, su exposición resultaba imprescindible para ubicar la actuación de Indibil y los suyos.

Sea este modesto intento de evocar a tan ilustre caudillo un justiciero homenaje al coraje de la raza que escribió páginas de heroísmo y sacrificio como pocas veces registra la historia.

Según los términos del tratado convenido en el año 226 a. C. entre Asdrúbal y los legados romanos, el río Ebro constituiría el límite de las aspiraciones cartaginesas en España. La zona comprendida entre dicho río y los Pirineos quedaba al margen de una eventual invasión púnica. Roma, deseosa de frenar el avance de los africanos, amenazadoramente agresivos antes bajo el gran Amílcar Barca y ahora bajo su astuto yerno y sucesor, venía a convertirse en protectora de las poblaciones de la región. A la vez nada tenían que temer éstas de parte de los romanos, pues asuntos de mayor premura e importancia desviaban, por entonces, el poderío y los objetivos de la política romana hacia otros sectores del Mediterráneo.

Sabemos que la línea permaneció inviolada durante ocho años. No lo dice expresamente ninguna fuente llegada hasta nosotros, pero la ausencia de incidentes diplomáticos o militares en la zona es una prueba decisiva de que, si Cartago abrigaba propósitos anexionistas con respecto al sector en cuestión, reservábalos para mejor ocasión. La violación de la cláusula relativa al límite del Ebro hubiera dado origen, sin duda, a un *casus belli*. Si el ataque a Sagunto, ciudad aliada pero situada al fin y al cabo fuera del territorio garantizado, fué pretexto suficiente para la

intervención romana, con análoga razón ésta hubiera tenido lugar de haberse producido un ataque a las comunidades del norte del río.

Poco habría, empero, de durar esa tranquilidad. A ocho años del tratado del Ebro, en mayo del 218, Aníbal, en curso ya la lucha a muerte contra Roma después del incidente de Sagunto, emprendió su marcha hacia los Pirineos y « atravesando el Ebro sojuzgó a los ilergetes, bargusios, erensios y andosinos »¹. La escueta noticia menciona entre los pueblos incorporados a la órbita púnica, a los ilergetes. Tratábase, en efecto, de la primera población indígena situada en la cuenca norte del Ebro en la región equidistante de las montañas vasconas y el litoral mediterráneo.

La franja territorial que va desde el mencionado río hasta los Pirineos hallábase en aquellos tiempos habitada por numerosas poblaciones diferentes en cultura y en aptitud bélica. Los pueblos del litoral: indigetes, ausetanos, laietanos y, algo más adentrados los suesetanos², eran más pacíficos y menos primitivos merced al contacto con las ciudades helenas de la costa. En una segunda línea, muy alejados ya de la zona costera, hallábanse de norte a sur los erensios y andosinos; al pie de los Pirineos, los bargusios y los sedetanos; y ya en plena región interior, los cerretanos, los lacetanos³ y, lindando con el río Ebro, que los separaba de los edetanos e ilerjavones, los ilergetes⁴. A estas poblaciones, que son las más conocidas, hay que agregar otras cuyos nombres y ubicación o ignoramos por completo o sólo conocemos a través de referencias vagas e imprecisas⁵.

¹ POLIBIO, 3, 35, 1. TITO LIVIO (21, 23), aunque discrepa respecto de las dos últimas poblaciones, pues dice que « sometió a los ilergetes, bargusios, ausetanos y lacetanos », concuerda en señalar a los ilergetes como los primeros con quienes estableció contacto Aníbal.

² Según FRONTINO (3, 10, 1): los « maxime imbelles » de los auxiliares que Catón condujo en el año 195 contra los lacetanos.

³ « Deuia et siluestris gens » eran estos lacetanos, según TITO LIVIO, 34, 20.

⁴ Imposible resulta tratar de fijar sus límites exactos y detallados en base a las noticias que de ellos tenemos. Sólo su ubicación general es dable señalar. BOSCH-GIMPERA dice al respecto en *La formación de los pueblos de España*, México, 1945, pág. 146: Los ilergetes vivían en la región natural comprendida entre las llanuras de Urgel (Lérida) y de Huesca, con grupos avanzados hacia el campo de Tarragona y llegando posiblemente a la misma ciudad. Acaso en época tardía, hacia fines del siglo IV o en el III a. C., los grupos extremos de los ilergetes (del campo de Tarragona), que fueron llamados ilercaones, empujados por los cossetanos (que desde entonces son el pueblo de la llanura de Tarragona); se replegarían hacia la desembocadura del Ebro con Tortosa y la llanura de Castellón, que arrebataron a los edetanos.

⁵ Livio, hablando de esta región, alude en cierta ocasión junto a algunas de las comunidades más conocidas, a otros « ignobili Hispaniae populi » (28, 39) y Plinio,

Cada una de estas poblaciones constituía una comunidad políticamente independiente. Como en el resto de la España de entonces, la unidad política estaba ausente en absoluto. Minúsculas monarquías detentaban el señorío de otros tantos reducidos territorios de la región levantina y del sur de la península; fuera de estas zonas no se conocía otra autoridad que la de caudillos militares en tiempo de guerra y la de asambleas populares locales reunidas cuando un asunto grave y urgente lo requería.

Pero, aunque de carácter más orgánico y estable que las comunidades de la meseta y de la Lusitania, las levantinas y béticas no pasaban de ser entidades harto primitivas en cuanto a organización. Estructuradas en base al poder personal de reyezuelos guerreros, todo giraba en torno a la libre y personal aceptación de su autoridad por parte de los subordinados, al margen de toda estructuración legal y de los formulismos complicados. El carácter hispánico no se avenía ni con los organismos impersonales ni con la autoridad despótica. Un primitivo, espontáneo y casi exagerado sentido del honor, impulsaba al ibérico hasta el último sacrificio tratándose de compromisos de lealtad libremente contraídos, pero era completamente desafecto a toda forma de autoridad que no emanase del prestigio personal del caudillo y del voluntario acatamiento de los súbditos. Tal vez hayan constituido una excepción en esto los cultos y pacíficos tartesios en su época de esplendor, pero en el resto de los peninsulares no se daban ni otro temperamento ni otras condiciones⁶. Un fracaso militar podía romper todos los lazos de acatamiento y ser causa de destitución⁷. El carácter de jefes guerreros propio de estos caudillos, queda evidenciado en las numerosas noticias que nos los evocan

al describir los conuentus Tarraconense y Cesaraugustano, que comprendían en conjunto toda la zona norte del Ebro hasta los Pirineos, enumera cuarenta y dos pueblos en el primero y cincuenta en el segundo (*Historia Natural*, 3, 23-24). ¿Qué correspondencia existía entre estas subdivisiones de la época imperial (s. I p. C.) y las parcialidades prerromanas? Menciónanse los ausetanos, los cerretanos, los edetanos y los lacetanos, de los que tenemos una idea más o menos precisa por las menciones que de ellos se hacen en otras fuentes. Otros nos son desconocidos, excepto sus nombres. Tal vez fueran subdivisiones romanas de las antiguas áreas tribales y algunos de ellos colonias recientes de emigrados. Lo que es indudable es que la región se hallaba muy parcelada políticamente en el siglo III a. C., lo que confirma ZONARAS (8, 19) cuando al referirse a la región pirenaica, afirma que « contenía muchos pueblos y razas mezcladas ... que ni hablaban una lengua común ni estaban vinculados políticamente ».

⁶ Viriato y Sertorio son claros ejemplos de la influencia que ejercían entre los pueblos hispánicos las virtudes personales y los éxitos bélicos.

⁷ Más adelante tendremos ocasión de aludir a un elocuente ejemplo, pág. 306.

al frente de los suyos en los campos de batalla, ora venciendo, ora sucumbiendo o cayendo prisioneros ⁸.

En cuanto a las relaciones intercomunitarias, el trato mutuo en nada difería del que caracteriza a las relaciones internacionales: intereses particulares casi siempre en pugna con los del vecino, relaciones regidas por pactos ocasionales y de carácter precario, necesidad de garantías de seguridad para los miembros de una comunidad, huéspedes o de paso por territorio ajeno, y, sobre todo, frecuentes y obstinadas guerras entre unos y otros ⁹.

Ante los invasores de la península y en las luchas entre fuerzas advenedizas, como púnicos y romanos, cada comunidad hispánica adoptaba el partido más acorde con sus intereses y preferencias particulares, con absoluta prescindencia de la política seguida por sus vecinos en la misma eventualidad. Lo común era hallar hispanos militando en ambos bandos, como enemigos enconados y en ciertas ocasiones llegaban a pedir duras represalias contra otras poblaciones peninsulares. De ningún modo han de calificarse estas actitudes como falta de patriotismo o como traiciones. La patria para cada hispano era el terruño, la pequeña comunidad local, unas veces una ciudad y sus contornos, otras una confederación regional de poblados, y en ciertas partes un área tribal: nunca una entidad que trascendiese los limitados horizontes locales. No deben, pues, medirse sus recíprocas actitudes con el canon de las cuestiones internas de los estados sino considerando que se trataba de verdaderos problemas internacionales, donde no rezan las obligaciones y prejuicios que son inherentes a las relaciones entre conciudadanos ¹⁰.

Ninguna de aquellas minúsculas comunidades disponía de potencia suficiente como para emprender una acción de gran envergadura tendiente a destruir o a sojuzgar al resto de las poblaciones peninsulares, de tal modo que era del todo imposible que la unidad política de la península se consumara por iniciativa de sus propios habitantes.

Dentro de estos límites de potencialidad, la comunidad ilergete era en los tiempos de nuestro relato la más importante de la península ¹¹.

⁸ Remitimos, entre otros, a los ejemplos que se leen en Tito Livio, 35, 7; 35, 22; y en Dionoro, 25, 10; 25, 12.

⁹ La conocida expresión de Trogo Pompeyo (Epítome de Justino, 44, 2): « Si les falta enemigo exterior, lo buscan en su tierra », es el más acabado retrato de ese continuo batallar a que eran tan inclinados los ibéricos.

¹⁰ Para más detalles al respecto véase nuestro trabajo *La idiosincrasia localista en la España prerromana. Cuadernos de Historia de España*, XX. Universidad de Buenos Aires.

¹¹ Tito Livio, 27, 17 y Polibio, 10, 35, 6.

Las dos fuentes que atestiguan la sujeción de la zona norte del Ebro por Aníbal, callan acerca de la forma en que se produjo. Ignoramos, pues, a ciencia cierta si hubo lucha o no, pero un examen de las circunstancias nos permite conjeturar su posible desarrollo.

La marcha de Aníbal a través de la franja territorial aludida fué tan rápida que es de descartar una resistencia prolongada. El púnico partió de Cartagena en la primavera del 218 y antes de finalizar el año había ya librado en el norte de Italia las acciones de Trebia y Tesino, después de invertir la mayor parte de ese tiempo en el famoso paso de los Alpes. Rapidísimo hubo de ser, pues, su tránsito por el norte de España. Otra circunstancia fué la magnitud de los efectivos de Aníbal¹². Fuerza capaz de enfrentar con probabilidades de éxito a semejante hueste, no hubieran podido oponer las desunidas comunidades afectadas. Años más tarde, reunidas todas las fuerzas de una extensa zona, no pasaban de treinta y cuatro mil hombres¹³.

Pero, si por parte de los indígenas no existía posibilidad alguna de resistir con éxito, tampoco el gran africano podía empeñarse en empresas secundarias, por fáciles y cortas que ellas prometieran ser. Tcdos sus planes se apoyaban en la certeza de ganar de mano a los romanos y llevar la guerra a Italia antes de que éstos trasladasen sus fuerzas a España y malograsen sus designios de dar un golpe mortal en el corazón mismo del poderío romano. No podía, pues, ser muy exigente en sus condiciones ya que, de exasperarlos, los españoles podían lanzarse a una lucha desesperada comprometiéndolo en operaciones secundarias cuando sus enemigos principales, y él no podía ignorarlo, aprestaban ya una expedición para cortarle el paso al pie de los Pirineos.

Pero lo que da sobre todo pie para pensar que ni hubo hostilidades ni las condiciones impuestas fueron las de señores a vasallos, pese a los términos *κατεστρέφετο* de Polibio y *subegit* de Tito Livio, es la conducta posterior de los ilergetes. Téngase presente cuán poco afectos eran los hispanos a permanecer bajo un yugo extraño sin oponer enconada resistencia en cuanta ocasión propicia se presentase. La ocasión de abandonar a los púnicos se presentó repetidas veces antes del año 211 sin que los ilergetes desistiesen jamás de su lealtad hacia ellos, no obstante los descalabros sufridos, especialmente en la zona norte del Ebro. Si se hubiera tratado realmente de un yugo no las hubieran desaprovechado.

¹² TITO LIVIO, 21, 23 y POLIBIO, 3, 35, 1, afirman que llegaban a ciento dos mil hombres.

¹³ TITO LIVIO, 29, 1.

Y más concluyente aún respecto del carácter de la adhesión ilergete al bando púnico, es el hecho de que en el año 209 los africanos exigen por primera vez rehenes y dinero a esta comunidad; lo cual prueba, así como la reacción que tal demanda provocó, que estaban acostumbrados hasta entonces, a ser tratados como aliados de guerra sin menoscabo de ninguno de los atributos de su soberanía.

En síntesis, pues, creemos que Aníbal se hubo de contentar con el aporte militar de las poblaciones del norte del Ebro y que, al menos en lo que respecta a los ilergetes, una amigable alianza gestada por vía pacífica fué el resultado de su tránsito por la región.

De este modo las poblaciones del norte de la península entraban por primera vez en su historia en contacto directo con una gran potencia imperialista. No pueden calificarse de tales las oleadas de inmigrantes celtas, que habían llegado siglos atrás en busca de un hogar peninsular y que acabaron a la postre conviviendo con los antiguos habitantes y adquiriendo rasgos de verdaderos peninsulares; ni los colonos griegos que tiempo hacía habían sentado sus reales en las costas del levante, los que sólo por vía comercial, y precariamente, se vinculaban con las poblaciones del interior. Los cartagineses, según ya señalamos, nunca habían llevado su zona de influencia tan al norte, ni sus antecesores, los tirios, habían traspasado los límites de las costas del estrecho.

Ahora, en cambio, la región pasaba a quedar en el epicentro de una gran pugna en la que se ventilaba el viejo pleito de la hegemonía de Occidente y en la que se ponían en juego recursos militares, económicos y diplomáticos inmensamente superiores a los que poseía cualquier comunidad peninsular. Aunque ajenas a los intereses en pugna, las poblaciones de España intervendrán de grado o por fuerza como piezas secundarias del colosal engranaje bélico político montado por las dos grandes potencias rivales.

¿Qué idea podían formarse los hispanos respecto a su verdadera situación en el panorama general de la época? Indudablemente que esta idea debía ser por fuerza muy borrosa e inexacta. Tal vez un espontáneo recelo nacido del instinto de conservación siempre en guardia ante el más fuerte. Pero nada más. La situación de aislamiento en que se desenvolvía la existencia de aquellas comunidades no sólo con respecto a los pueblos extrapeninsulares sino también a lo que ocurría en puntos distantes de la misma península; la inexperiencia política acerca de todo lo que trascendiera el limitado y primitivo círculo de las relaciones intercomunitarias locales, y, en fin, las engañosas apariencias con que entonces, como siempre, se envolvían, mientras lo aconsejaba la situa-

ción, las verdaderas intenciones del imperialismo, hacía imposible que pudieran tener una visión acertada sobre la verdadera situación presente y concebir planes y previsiones eficaces para salir airosos de la eventualidad. De allí, por ejemplo, el candoroso entusiasmo con que aceptaban los compromisos que les imponían las circunstancias, en la creencia de que la otra parte sólo recababa la ayuda con carácter de aporte contractual entre entidades libres y respetuosas de los derechos respectivos, sin ver ni prever las ulteriores consecuencias de la adhesión convenida. El imperio, pues, de la situación bélica, un ingenuo enfoque sobre la naturaleza de los compromisos asumidos y, seguramente, la esperanza de futuras ventajas, habían llevado a los ilergetes, como a otros pueblos de España, a unir su destino al de los cartagineses.

Antes de internarse en los pasos de los Pirineos, Aníbal puso al general Hannón al frente de diez mil infantes y mil jinetes, con la consigna de que custodiara los pasos que unían España con las Galias¹⁴. Al sur del Ebro y teniendo por capital y arsenal a Cartagena quedaba el resto del poderío púnico a las órdenes del hermano del conquistador, Asdrúbal Barca.

Breve habría de ser la tranquilidad que había seguido a la partida de Aníbal. En setiembre del 218 tuvo lugar en la dípolis griego-ibérica de Ampurias el desembarco del legado romano Cneo Escipión al frente de dos legiones. Estas fuerzas eran las avanzadas de los ejércitos que Roma destinaba para combatir en la península. El plan primitivo había sido, como dijimos, sorprender a Aníbal en la misma España. Para tal misión se había designado al cónsul Publio Cornelio Escipión, padre del futuro vencedor de Zama, quien, llevando a su hermano Cneo como legado, zarpó sin sospechar que el genial cartaginés había decidido y logrado trasladar la guerra a Italia. Enterado en Marsella de la marcha de Aníbal, retornó Publio hacia Italia, donde le aguardaban las luctuosas jornadas de Tesino y de Trebia.

A las órdenes de Cneo quedaron, entonces, las fuerzas destinadas a España. Su desembarco señala el comienzo de una nueva etapa en la historia de la península: la del ocaso del poderío púnico y la del principio de su larga y costosa conquista por Roma.

La primera impresión que la llegada de los romanos produjo en muchas poblaciones, fué la de que se trataba de sinceros libertadores, cuyos propósitos se reducían a expulsar a los púnicos de la península,

¹⁴ TITO LIVIO, 21, 23.

vengeando así a la destruída Sagunto, pero respetando la libertad de las comunidades indígenas ¹⁵.

Por este convencimiento algunas, por oportunismo o imperio de las circunstancias otras, varias poblaciones acudieron al punto a ofrecer su apoyo a Cneo Escipión.

Las primeras en acudir habrán sido, seguramente, las poblaciones griegas de la costa catalana, tradicionalmente amigas de Roma y protegidas suyas.

A ellas se refiere Livio cuando habla de la renovación de convenios (partim renouandis societatibus) ¹⁶. También algunas comunidades indígenas de las cercanías se aproximaron al legado y pactaron con él incorporándose a sus efectivos.

Pero no pasó esta adhesión de las poblaciones marítimas más cercanas a Ampurias; otras hubieron de ser sometidas por fuerza.

Dueño ya de toda la costa hasta el Ebro y contando en sus filas a buen número de auxiliares indígenas, avanzó el romano hacia el interior. En Cissa, cerca de Tarragona, tuvo lugar la primera acción importante de la campaña. Hannón, habiendo a su vez reunido las fuerzas disponibles, salióle al encuentro en las proximidades de esa localidad y presentó batalla.

El encuentro no fué, según las noticias llegadas a nosotros, muy empeñado; la victoria se inclinó pronto por los romanos, quienes, después de matar seis mil enemigos y hacer dos mil prisioneros, ocuparon la ciudad y saquearon provechosamente el campamento enemigo. Entre los prisioneros hallábase el mismo Hannón y algunos príncipes regionales ¹⁷.

Polibio añade alguna indicación de interés. Por él sabemos que entre los príncipes prisioneros hallábase el ibero Andobales y que « era éste un reyezuelo del interior, notablemente adicto a los cartagineses » ¹⁸. Es la primera mención que conocemos de este caudillo. Polibio lo llama Andobales (Ἀνδοβάλης); otros autores lo nombran introduciendo variantes en la escritura: Livio escribe casi siempre Indibilis, unas pocas

¹⁵ A propósito de la campaña de Catón en el año 195, refiere Tito Livio (34, 18) que « mucho mayor dificultad hallaba en someter a los enemigos (hispanos) que la que tuvieron los primeros romanos que habían llegado a España, puesto que (en el 218) los españoles por repugnancia al dominio cartaginés se pasaban a los romanos, en tanto que él debía reducirlos a la esclavitud privándoles de su libertad tradicional ».

¹⁶ TITO LIVIO, 21, 60.

¹⁷ TITO LIVIO, 21, 60.

¹⁸ POLIBIO, 3, 76.

veces *Indebilis*; Diodoro, *Indibeles* (Ἰνδιβέλεις); Dion Casio, *Indíbolis* (Ἰνδιβόλις) y Apiano, como Livio generalmente, *Indibilis* (Ἰνδιβίλις). Nosotros adoptaremos esta última forma.

Aunque la escueta noticia que poseemos sobre la marcha de Aníbal a través de la región, no hace referencia a Indibil, es poco probable que no fuera él el reyezuelo a quien cupo pactar en aquella ocasión con el conquistador. El poco tiempo transcurrido entre este hecho y el que motiva su primera mención histórica, permite suponerlo así. Además, Indibil pondrá en evidencia con sus actitudes y a través de los conceptos que se le atribuyen, que sus relaciones con los púnicos no constituían una situación heredada como hecho consumado sino un estado de cosas que, tenía, a él desde su origen por principalísimo gestor por la parte ilergete.

En adelante hallaremos a Indibil mencionado casi siempre junto con su hermano Mandonio, a quien se titula también rey de los ilergetes. Esto plantea un problema: ¿Tratábase de una diarquía o eran acaso jefes de dos colectividades ilergetes distintas? A juicio de algunos autores modernos, Mandonio habría sido el caudillo de los ilerlavones, pueblo emparentado con los ilergetes propiamente dichos, que habitaban la zona costera al sur del Ebro¹⁹. Sin embargo, los hechos en que tendremos ocasión de verlos actuar, si bien no contradicen categóricamente la opinión señalada, parecen sugerir la existencia de un mando asociado. Haya sido una u otra cosa, lo que ciertamente destacan los pasajes, es una marcada preeminencia por parte de Indibil. Aparece mencionado varias veces solo, lo cual no ocurre con su hermano y, en las menciones referentes a ambos, destácase nitidamente su figura en primer plano²⁰. En más de una ocasión se le atribuye expresamente la responsabilidad de los hechos, lo cual parece verse confirmado en las gestiones posteriores a la primera sedición, cuando sólo Mandonio se apersona ante Escipión y lo hace como si se tratara de un delegado o intercesor²¹.

En esta primera mención de Indibil, a que hacíamos referencia, señala Polibio un rasgo que es tal vez el más destacado de cuantos pueden sugerirnos en la persona de Indibil las noticias que de él tenemos: su lealtad a los compromisos contraídos. No es la única vez que este autor puntua-

¹⁹ *Historia de España*, dirigida por MENÉNDEZ PIDAL, 1947, t. II, pág. 33.

²⁰ En un pasaje (10, 18, 7), por ejemplo, en que Polibio dice, refiriéndose a Mandonio: ὁ δὲ ἦν ἀδελφὸς Ἀνδοβάλου τοῦ τῶν Ἰλεργητῶν βασιλέως, parecería sugerir que no había más rey de los ilergetes que Indibil. Con todo otras veces se afirma expresamente que ambos eran señores de esa comunidad.

²¹ TITO LIVIO, 28, 34.

liza la integridad del reyezuelo ; en otro pasaje calificalo de « el más fiel aliado de los cartagineses, que había sido arrojado de su reino por leal para con ellos »²².

En efecto, Indibil constituyó un ilustre ejemplo de la fides ibérica. Esta lealtad emanaba del alto significado que, como en otro lado señalamos, revestía para los españoles el vínculo personal libremente pactado. Sólo la violación previa de los términos del mismo por la otra parte contratante, engendraba la automática cesación de las obligaciones del miembro defraudado. En ello residía la esencia de la institución denominada de los soldurios o fieles, sujeción libremente aceptada, que de no mediar el incumplimiento a que aludimos, sólo cesaba o con la muerte del « *deuotus* » o con el sacrificio voluntario junto al cadáver del protector.

Distinto por completo de ella es el oficio de mercenario, contrata cimentada exclusivamente en el alquiler de las energías y las aptitudes guerreras al mejor postor y como tal sin otra garantía que la conformidad con la paga, como lo prueban las numerosas desertiones que provocaron ofertas más atractivas hechas oportunamente, aun en vísperas de batalla²³.

El prestigio irradiado por una personalidad superior y cimentado por éxitos guerreros, era título suficiente para que en torno a un caudillo connacional o extranjero convertido en protector, se formase un círculo de « juramentados » que unían su suerte *ad uitam* con la suerte de aquél en la prosperidad y en la desgracia. No es extraño, pues, que Indibil, sus parientes y allegados, y con ellos todo su pueblo, se consagrasen voluntariamente a Aníbal y otros prestigiosos jefes púnicos y estuviesen dispuestos a secundarlos en tanto ellos no desvirtuasen su papel de protectores respetuosos de la libertad y demás derechos del pueblo ilergete.

La derrota de Cissa fué el primer tributo pagado por Indibil a su condición de aliado de los púnicos. Su fidelidad costóle nada menos que la pérdida de su señorío.

Cneo Escipión había triunfado sobre la guarnición encargada de custodiar los pasos de los Pirineos, pero el grueso de las fuerzas cartaginesas continuaba intacto al sur del Ebro a las órdenes del hábil capitán Asdrúbal Barca. Evitar su reunión con Hannón había sido el objetivo perseguido por Cneo al apresurarse a salir al encuentro de este último.

Poco después de Cissa, sin embargo, Asdrúbal hizo su aparición al

²² POLIBIO, 9, 11.

²³ El caso tal vez más notable lo narra Tito Livio, 25, 33.

norte del Ebro, consumó una matanza entre la tropa y la marinería romanas desembarcadas en Tarragona y se retiró luego hacia el sur, en tanto que Escipión, sin haber podido evitar el golpe y tras castigar a los responsables del descalabro, retornó desde Tarragona a Ampurias²⁴.

Livio narra luego una nueva incursión del jefe púnico al norte del río y una nueva campaña de Escipión en estos términos: « Presentóse de nuevo Asdrúbal y tras sublevar a los ilergetes, se lanzó al frente de la juventud de aquéllos a devastar las tierras de los aliados fieles a los romanos. Escipión avanzó con todo su ejército sobre los ilergetes, los que, abandonados por el autor de la rebelión, fueron vencidos. Sitió luego su capital, la ciudad de Atanagro; logró la rendición en pocos días y les exigió más rehenes que antes y una contribución en dinero »²⁵. Luego marchó, según la misma fuente, a combatir a los lacetanos y ausetanos, a quienes también sometió, y finalmente pasó a invernar en Tarragona.

Se menciona aquí a Atanagro como la capital de los ilergetes. Es la única vez que se la llama así. La capital de este pueblo era Ilerda, ciudad situada sobre el Sicoris (Segre), afluente del Ebro.

No aparece mencionado Indibil, lo cual concuerda con la noticia que lo hacía prisionero desde la campaña anterior.

El año 218 concluyó, pues, con el relativo éxito de los romanos, quienes quedaron dueños de toda la zona norte del Ebro inclusive el territorio ilergete. Sus bases eran Ampurias y Tarragona.

En el 217 cabe señalar dos acontecimientos de importancia en la lucha en territorio ibérico: a principios del verano los romanos y sus aliados, los masaliotas, obtienen una victoria naval de proyecciones en la desembocadura del Ebro y por tierra, después de la llegada del jefe supremo Publio Escipión, las legiones y sus auxiliares atraviesan el mencionado río y llegan por la costa hasta el emplazamiento de la destruida Sagunto.

En cuanto a los ilergetes dice Livio lo siguiente: « Parecía que el resto de la campaña había de ser tranquilo, y lo hubiera sido por parte de los púnicos; pero, aparte de que el carácter de los españoles es inquieto y ávido de aventuras, Mandonio e Indibil, que anteriormente había sido reyezuelo de los ilergetes, después que los romanos se retiraron de la sierra a la costa, levantaron a sus gentes y se lanzaron a devastar los campos pacíficos de los aliados de los romanos. Escipión envió contra ellos algunos tribunos militares con tropas ligeras, que con pequeño

²⁴ POLIBIO, 3, 76 y TITO LIVIO, 21, 61.

²⁵ TITO LIVIO, 21, 61. Ha sido puesta en duda la autenticidad de este párrafo. Polibio no da noticia alguna de esta campaña contra los ilergetes.

esfuerzo desbarataron a aquellas bandas desordenadas, mataron y apresaron a algunos e hicieron perder las armas a la mayor parte »²⁶.

La facilidad de la victoria romana, en ésta como en otras ocasiones, corre por cuenta de las fuentes que poseemos. Con todo no es de extrañar que en el caso presente las fuerzas de los reyezuelos fuesen desbaratadas rápidamente. Solas y apenas repuestas de los descabros del año anterior, poco podían hacer frente a la calidad y a la táctica de los legionarios.

Por otra parte, el modo de combatir en forma de guerrillas móviles, a las que poco importaba quién quedase dueño del campo de combate con tal de cumplir su cometido de hostilizar al enemigo sin empeñarse en acciones decisivas, daba ocasión a que los romanos se jactasen a menudo de victorias que no eran en rigor sino calculadas retiradas de los hispanos. Así se explica que, no obstante los frecuentes contrastes que se les atribuyen, estuvieran muchas veces en condiciones de reanudar sus ataques.

En las escaramuzas a que se alude en este último pasaje, se menciona por primera vez a Mandonio. Además, el texto aclara que Indibil ya no era rey (*qui autea Ilergetum regulus fuerat*). Esto último confirma lo que sabemos de su deposición después de Cissa. ¿Pero cómo explicar que se halle en libertad, si un año antes figuraba entre los prisioneros capturados en aquella acción? ¿Había sido liberado por los romanos con ánimo de atraérselo? ¿O habría huido? Lo primero no es improbable, pero el hecho de que no lo repusieran en el mando, cosa que sabemos positivamente, parece contradecir tal hipótesis, pues la base de la política de acercamiento romana era precisamente la mantención de las autoridades locales previa garantía de fidelidad²⁷. Lo segundo parece tal vez demasiado novelesco, aunque no imposible si se tiene en cuenta los recursos extremos a que era capaz de llegar un ibérico para conseguir su libertad. No es descartable tampoco la posibilidad de que hubiera mediado un rescate por dinero. Esto sería de más fácil explicación si admitiéramos la hipótesis de que Mandonio gobernaba la parte de los ilergetes situada al sur del Ebro, llamada de los ilergarones. Mandonio, que en Cissa no aparece mencionado, habría permanecido al margen del

²⁶ TITO LIVIO, 22, 21. También ha sido cuestionada la autenticidad del capítulo 21 pues en su última parte (párrafos 7-8) se alude a tratos con los celtiberos, hecho que, dada la posición de las fuerzas romanas y la lejanía de la región celtibera, era imposible. La parte transcripta, empero, es digna de fe aunque tampoco la confirme Polibio.

²⁷ POLIBIO, 21, 11, 3.

primer encuentro y, como los romanos no atravesaron el Ebro hasta el año siguiente, su territorio habría quedado libre por entonces. Fácilmente pudo entrar en tratos para rescatar a su hermano, quien empero no habría podido retornar a su gobierno pues éste quedaba en zona romana.

Todo esto permanece en el terreno de la hipótesis. Lo único concreto es que Indibil, prisionero en el 218, se halla al año siguiente en libertad y combatiendo en compañía de su hermano a los romanos.

El año 216 transcurrió sin acciones decisivas. En Italia, en cambio, Aníbal obtuvo la gran victoria de Cannas, lo que impidió a los romanos enviar refuerzos a sus generales en España. Éstos no pudieron conservar la posición en Sagunto y hubieron de replegarse hasta el norte del Ebro. En el 215 se combate todavía al norte de ese río. En efecto, en Hibera, localidad cercana a su desembocadura, tuvo lugar entonces una batalla entre Publio Escipión y Asdrúbal, que favoreció a los romanos. Este y otros éxitos posteriores, si bien aumentaron el prestigio romano entre las poblaciones indígenas e impidieron a la vez que de España pudieran llevarse refuerzos a Aníbal, no reportaron ganancias territoriales importantes a Escipión, que sólo cuatro años más tarde, en el 212, vuelve a ocupar el emplazamiento de la ciudad de Sagunto.

¿Qué era entretanto de Indibil y los suyos? Ninguna mención de ellos tenemos entre los años 216 y 212. Nada nos permite dudar que durante ese tiempo continuarían combatiendo por la causa cartaginesa y aguardando la ocasión oportuna para vengar las derrotas con que hasta entonces pagaban tributo a su lealtad.

Esta ocasión llegó, por fin, en el año 211. Asdrúbal, que en el 214 había pasado al África para sofocar la rebelión del rey nómada Sifax, retornó victorioso con grandes refuerzos a España. Le acompañaba el joven Massinisa, al frente de la célebre caballería nómada. Como colegas en el mando venían otro Asdrúbal, hijo de Gisión, y Magón.

Los generales romanos decidieron hacerles frente por separado. Cneo marchó contra Asdrúbal Barca; Publio, contra Asdrúbal Gisionida y Magón.

Publio se adelantó hacia el valle del Betis y allí, probablemente en Cástulo o cerca de ella, entró en contacto con los púnicos. Pronto su situación se fué tornando apurada. Acosado noche y día por el enemigo y, en especial, por la caballería nómada, hubo de fortificarse y soportar una especie de sitio. En esas circunstancias volvemos a tener noticias de Indibil. En efecto, mientras procuraba contener al grueso de los enemi-

gos, recibió Publio la ingrata nueva de que un nuevo enemigo venía a incorporarse a los que le acosaban. Tratábase del reyezuelo ilergete, que avanzaba al frente de siete mil quinientos hombres hacia el lugar de las operaciones. «Apremiado por las circunstancias, Escipión adoptó la temeraria resolución de marchar por la noche al encuentro de Indíbil y enfrentarlo donde lo encontrare. Dejando una pequeña fuerza en el campamento a las órdenes del legado T. Fonteyo, habiendo partido a media noche, vino a las manos con el enemigo al salirle éste al encuentro. Más como turbas que como ejércitos combatían. Llevaba, empero, la ventaja en la desordenada pelea el romano. De pronto la caballería nómida, a la que el jefe romano creía haber despistado, hizo su aparición por los flancos provocando gran terror. Iniciado un nuevo encuentro contra los nómidas, apareció un tercer enemigo: los jefes púnicos». La derrota romana fué completa. Publio Escipión pereció en la batalla y sólo la noche evitó que la matanza fuera total ²⁸.

A Cneo no le cupo mejor suerte. Le correspondía enfrentar a Asdrúbal Barca. Mas ya a la vista ambos ejércitos, el astuto jefe cartaginés, conocedor experto de la venalidad de los mercenarios que militaban en el ejército romano, logró mediante promesas su desertión en masa. La suerte quedó de este modo echada. A marchas forzadas llegaron al lugar y se incorporaron a las fuerzas de Asdrúbal las que venían de vencer a Publio. Reunidas ambas obligaron a Cneo a presentar batalla. El encuentro tuvo lugar en Ilurci (Lorca) sobre el Segura y terminó con un completo descalabro para los romanos. Cneo corrió la misma suerte que su hermano ²⁹.

Ocho años de lucha no habían reportado a Roma otra conquista que la zona costera del norte del Ebro, donde se mantuvieron replegados hasta la llegada de refuerzos. Dos ejércitos y dos generales perdidos eran un precio muy subido para tan poca ganancia territorial.

Importante papel correspondió en la derrota de los Escipiones a Indíbil. Por combatirlo se expuso Publio Escipión a ser envuelto fuera de su campamento y de ese modo se precipitó el desastre, que tal vez hubiera evitado permaneciendo en su reducto.

La noticia señala que el ataque de Indíbil se produjo al frente, no de fuerzas ilergetes, sino de suesetanos. Éstos eran una población colindante con los ilergetes y probablemente emparentados con ellos. Puede ser que se trate de un error del historiador, pero no deja de ser verosímil que

²⁸ Tito Livio, 25, 34.

²⁹ Tito Livio, 25, 35-36.

Indibil comandase a sus vecinos y no a sus propios súbditos, si se tiene presente que se trataba de un reyezuelo desterrado.

Si bien no se menciona expresamente su participación en la batalla de Ilurci, ella se deduce de la indicación sobre la premura con que los vencedores de Cneo acudieron con sus efectivos a Ilurci. Mandonio no aparece mencionado en estos episodios.

El premio de su valiosa ayuda fué la reposición de Indibil en el mando del que, por fidelidad hacia los africanos, había sido despojado en horas de reveses. Los púnicos pagaron de este modo su reconocida lealtad ³⁰.

La victoria cartaginesa del año 211 había restaurado la situación del 218 anterior al encuentro de Cissa. Mas los acontecimientos que se acercaban, serían muy distintos de los que siguieron a aquel encuentro. También lo era la situación de la guerra en Italia. Antes el desenlace de la contienda parecía haberse de decidir en este país. Ahora todo dependía de las fuerzas de que disponían los africanos en España. Sin refuerzos Aníbal no podía sostenerse no obstante sus grandes victorias iniciales. Los años habían visto menguarse sus recursos sin que su audacia y su talento pudieran quebrantar definitivamente la resistencia y la constancia romana. El objetivo cartaginés posteriormente a las batallas del 211 era equipar en España todas las fuerzas posibles y pasarlas a Italia. Para ello eran menester recursos que Cartago, exhausta y egoísta, negaba a sus generales. Éstos, apremiados por la necesidad y confiados en el prestigio que les daban sus recientes victorias, decidieron exigirlos a las poblaciones aliadas de la península. A la amistad siguió la prepotencia ³¹. Ni siquiera la reconocida lealtad de Indibil para con ellos, ni sus méritos ni sus pasadas desgracias sirvieron para que se le tratase en forma distinta. Tal vez juzgaban los púnicos que habían saldado cumplidamente la deuda con su reposición en el trono.

Lo cierto es que le exigieron una crecida suma de dinero. La reacción del reyezuelo fué categórica. Negóse a satisfacer una exigencia que, a su juicio, representaba no sólo una ingratitud sino una violación de las normas que hasta entonces habían regido la mutua amistad.

Tras su negativa, Asdrúbal Giscónida hizole objeto de acusaciones ante sus colegas y, creado ya un ambiente de recíproca tirantez y desconfianza, llegaron a exigirle sus hijas y la esposa de su hermano Mandonio en rehenes. Grande hubo de ser el desengaño del reyezuelo ante la con-

³⁰ POLIBIO, 9, 11.

³¹ POLIBIO, 10, 35, 8 y 10, 36.

ducta de los hasta ayer amigos ; más tarde, tendremos ocasión de comprobarlo a través de sus propias palabras ³². Los rehenes fueron trasladados a Cartagena.

Ninguna reacción violenta era oportuna por entonces. Dueños, sin disputa, los cartagineses de aquellas zonas de España, nada podía intentar por el momento el régulo. Pero en su interior meditaba la venganza de aquella afrenta y simulando exteriormente conformidad con aquel estado de cosas, aguardaba la ocasión propicia ³³.

Ésta no tardó en presentarse. En efecto, grandes acontecimientos, que torcieron por completo el curso de las hostilidades en la península, tuvieron lugar durante el año 209. Los romanos, comprendiendo que el teatro de guerra español había pasado a primer plano y que de allí podían llegar los refuerzos que sacasen a Aníbal de su apurada situación, habían decidido imprimir otro ritmo a la guerra en España. Pocas veces una elección de general en jefe fué más acertada que aquélla en la que se confiaron todas las fuerzas de la república, en la península, al hijo de Publio Escipión. En la plenitud de su juventud llegó Publio Cornelio Escipión a España, confiado en que la fortuna y su talento le permitirían vengar a su padre y a su tío y realizar lo que aquéllos no habían logrado : la expulsión de los púnicos del territorio peninsular. Publio y Cneo habían sido buenos generales pero de vieja escuela, cautos y sin audacia; el joven sucesor de ambos poseía las dotes del genio y en poco tiempo lograría lo que aquéllos intentaron vanamente en ocho años de operaciones.

Una de las características del genio es intuir y considerar factible lo que a otros ni se les ocurre ni juzgan realizable. Y lo que nadie, excepto él, concebía entonces, era un ataque contra Cartagena, el centro del poderío púnico en España. Por lo mismo que tal ataque no entraba en los cálculos de nadie, los tres ejércitos cartagineses hallábanse lejos de dicha ciudad, la que por ello encontrábase desguarnecida prácticamente y en absoluto desprevenida. En una audacísima expedición y tras burlar la vigilancia del ejército púnico acantonado en Sagunto, Escipión atacó a Cartagena y la hizo suya aprovechando el desconcierto que su inesperada presencia provocó en los relativamente pocos defensores ³⁴.

Así abría con un brillante éxito la gloriosa carrera que coronaría en Zama.

³² POLIBIO, 9, 11 ; 10, 18 y 10, 37 ; TITO LIVIO, 27, 17.

³³ POLIBIO, 10, 35, 6.

³⁴ POLIBIO, 10, 6-15 ; TITO LIVIO, 26, 41-51.

Un gran golpe había sido asestado al poderío púnico mediante la toma de Cartagena, pero los tres ejércitos púnicos de la península hallábanse aún intactos. No escapó a la perspicacia de Escipión que si el cerebro conductor y el núcleo de tales ejércitos lo constituían los africanos, España les proveía de aliados y mercenarios, un elemento que había sido a la postre el factor fundamental de los pasados éxitos y era en el presente su mayor garantía. Eran estos aliados y mercenarios una veta inagotable que les permitía reponer las pérdidas de los contrastes ³⁵, poner en constantes apremios a las legiones y aun lograr ventajas decisivas como las del año 211. Sin este apoyo las fuerzas púnicas resultarían impotentes, especialmente si los romanos por su parte contaban con él.

Tal lo previó desde el primer momento Escipión y desde la toma de Cartagena su primer objetivo fué atraerse a los ibéricos a su partido. La oportunidad presentósele el mismo día de la ocupación de la ciudad.

En Cartagena había unos trescientos rehenes españoles, custodiados allí por los cartagineses como garantía de la fidelidad de sus aliados. Con ellos inició Publio su política de atracción. Reunió a los jóvenes y niños y colmándolos de atenciones les prometió que pronto verían a sus padres. Invitólos a que cada uno escribiese a su ciudad comunicando que eran bien tratados, que se hallaban perfectamente seguros y que los romanos estaban dispuestos a remitirlos a sus hogares « con tal que sus parientes hicieran una alianza con el pueblo romano. » Luego los colmó de regalos.

Hallábase entre los rehenes la esposa de Mandonio, la que acudió a los pies del vencedor suplicando protegiese a las mujeres para que no se repitieran los atropellos de que las hiciera objeto la soldadesca cartaginesa. Publio la compadeció y le prometió garantizar su seguridad y decoro ³⁶.

Los efectos de esta hábil política no tardaron en hacerse sentir. Es de imaginar el efecto que produciría en cada comunidad hispana el relato de esta conducta tan distinta de la observada por los púnicos, especialmente en los últimos tiempos. El episodio de una bellísima cautiva que Publio respetó y devolvió intacta a su prometido, un joven príncipe ibérico, aumentó aún más la fama de su integridad y de su buena predisposición para con los naturales. No es, pues, de extrañar que pronto se produjera un cambio general en los espíritus, que se tradujo de inmediato en el abandono de la causa púnica y la adhesión a los romanos por parte de muchos peninsulares.

³⁵ FLORO, 1, 22, 38 ; TITO LIVIO, 28, 12, 10.

³⁶ POLIBIO, 10, 18 ; TITO LIVIO, 26, 49-50.

La narración en que Polibio ⁸⁷ detalla los pormenores del acontecimiento y puntualiza las razones y las condiciones de las nuevas alianzas, merece ser seguida literalmente pues ofrece un cuadro acabado y gráfico del episodio y señala detalles que no dejan lugar a dudas respecto de la oportunidad en que se produjo.

«Mientras Publio invernaba en Tarragona, conforme dijimos más arriba, procuraba ante todo atraer a los hispanos a su amistad y confianza mediante la devolución de los rehenes a sus familias. Sin él buscarlo vino a tener como apoyo en este intento a Edecón, el régulo de los edetanos, quien al conocer la caída de Cartagena y al mismo tiempo que su mujer y sus hijos habían venido a quedar en poder de Publio y previendo al punto la inminente deserción de los hispanos, quiso ser él quien tomara la iniciativa en el cambio de bando, no dudando que de ese modo recobraría a su mujer y a sus hijos, si se pensaba que no por necesidad sino por su propia determinación había escogido el partido romano. Y así ocurrió. Porque a poco de establecerse las legiones en sus acantonamientos de invierno, se presentó con sus parientes y amigos en Tarragona. Enablada la conversación con Publio, dijo que muchísimo agradecía a los dioses por tocarle ser el primero de los señores del país que se presentaba ante él.

Que los otros se mantenían todavía en relaciones con los cartagineses e inclinados hacia ellos. Él, en cambio, acudía con los brazos abiertos hacia los romanos a poner no sólo su persona sino a sus amigos y parientes bajo la garantía de los éstos. Por lo que, si fuese reconocido de parte de los mismos como amigo y aliado, de gran utilidad les sería, dijo, en el presente y de no menor en el futuro. En el presente porque los hispanos, en viendo que él había sido acogido como amigo y que había obtenido cuanto pidiera, acudirían todos con la esperanza de recobrar a los suyos y entrar en la alianza romana. Y en el futuro porque, obligados por una honra y una generosidad tales, seríanle auxiliares incondicionales para el resto de sus empresas. Por lo cual pedía que se le devolvieran su mujer y sus hijos y, ya en calidad de amigo, retornar a sus tierras hasta que, sobreviniendo ocasión oportuna, probase en la medida de sus fuerzas su adhesión y la de sus amigos hacia la persona de Publio y los intereses romanos. Dicho esto calló Edecón.

Publio, que de antemano hallábase preparado para esta eventualidad y había conjeturado razones análogas a las que acababa de exponer Edecón, devolvióle su mujer e hijos y selló amistad con él. Después, tras

⁸⁷ POLIBIO, 10, 34-38. Análogo relato en TITO LIVIO, 27, 17.

ganarse al hispano con variadas artes durante la entrevista y luego de hacer concebir a todos las mejores esperanzas para el porvenir, despachólos en tales términos hacia sus hogares. Divulgada al punto la fama del hecho, ocurrió que todos los hispanos que habitaban este lado del Ebro, como a un mismo impulso, cuantos antes no habían trabado relaciones amistosas con los romanos, abrazaron su partido. Así, sin inconvenientes y de acuerdo a sus cálculos, cumpliáse este plan de Publio. Indíbil y Mandonio, que eran por entonces los más poderosos entre los señores de España, considerados como los más sinceros amigos de los cartagineses, tiempo hacía abrigaban sentimientos de hostilidad hacia éstos y aguardaban una ocasión propicia desde que, fingiendo desconfiar de ellos, Asdrúbal y su gente les habían exigido gran cantidad de dinero y a sus mujeres e hijas como rehenes, según más arriba dejamos dicho. Considerando por fin que el momento oportuno había llegado, se alejaron una noche al frente de sus fuerzas del reducto púnico hacia unos lugares de fácil defensa, donde se hallaban a cubierto de cualquier ataque. A esta desertión siguió la de casi todos los otros hispanos, que agobiados de un tiempo a esa parte por la prepotencia cartaginesa, aprovecharon la presente contingencia para hacer públicas sus intenciones...».

«(Entretanto) Asdrúbal, en medio de tales dificultades, hacía muchas y variadas reflexiones respecto de los acontecimientos que habían tenido lugar. Porque, por una parte, afligíale la defección de Indíbil y los suyos, y por otra, lamentaba la discrepancia y rivalidad surgida entre él y los otros generales, a la par que tenía alarmado la proximidad de Publio. Temiendo ya que éste avanzase con sus fuerzas y previendo que sería abandonado por los hispanos, los que de común acuerdo se pasarían a los romanos, tomó las siguientes determinaciones. Decidió que era preciso, prontas sus fuerzas, lanzarse a la batalla contra los enemigos, y que, si la fortuna le concedía la victoria, deliberaría más tarde sin peligros acerca del futuro; que, si por el contrario, la batalla le era desfavorable, emprendería la retirada hacia la Galia con los sobrevivientes del encuentro y desde allí, tras reclutar todos los bárbaros que pudiese, acudiría a Italia y uniría sus recursos a los de su hermano Aníbal. Tal era la situación de Asdrúbal y tales las consideraciones que se hacía. Publio, por su parte, habiendo llegado Cayo Lelio, notificado ya de las disposiciones del senado, se puso en marcha tras sacar sus tropas de los cuarteles de invierno. Durante la marcha se le fueron aproximando e incorporando a sus fuerzas con ánimo resuelto y diligencia los iberos. Indíbil y los suyos se habían puesto previamente en comunicación con Publio enviándole mensajes, y al aproximarse éste a los lugares donde

se hallaban, salieron a su encuentro seguidos de sus amigos. Ya ante él se explayaron acerca de su pasada amistad hacia los cartagineses y del mismo modo le manifestaron los servicios y la inquebrantable fidelidad con que los habían seguido. Tras lo cual narraron las injusticias y las violencias de que fueran objeto por parte de aquéllos. Por lo cual pedían a Publio que se erigiese en juez de sus razones y que, si le parecía que obraban injustamente al acusar a los púnicos, tuviese por cierto que tampoco sabrían ser leales a los romanos por mucho tiempo, pero que, si por el contrario comprendía que eran las muchas injusticias las que les habían forzado a abandonar la amistad cartaginesa, alimentase esperanzas ciertas de que ahora, habiéndose pasado a los romanos, conservarían firmemente su adhesión hacia ellos. Después de exponer éstas y otras consideraciones, callaron los de Indibil y, tomando Escipión la palabra, les respondió que creía ser cierto cuanto habían dicho y que, por la insolencia con que los cartagineses habían tratado a otros hispanos y, en especial, a las mujeres e hijas, conocía muy bien la prepotencia de los mismos; que él en cambio, a cuyas manos habían venido a parar aquéllas, no como rehenes, sino en calidad de cautivas y esclavas, las había tratado con un decoro tal que ni ellos, con ser sus padres, le igualarían. Los hispanos confesaron que estaban persuadidos de ello, y haciéndole muestras de reverencia le llamaron rey, cosa que aplaudieron los presentes. Pero Publio ruborizándose les incitó a tener buen ánimo. Porque ellos gozarían, les dijo, del más benigno y justo trato por parte de los romanos. De inmediato les devolvió personalmente (sus mujeres y) sus hijas. Al día siguiente ajustó con ellos un tratado. La cláusula principal era que militarían bajo los jefes romanos y obedecerían las órdenes de éstos. En cumplimiento de lo convenido Indibil y los suyos volvieron a las fortificaciones y retornaron al frente de sus fuerzas hacia donde estaba Publio; después de acampar junto con los romanos, marcharon contra Asdrúbal. Éste en esos momentos hallábase situado en las tierras de Castalón, en las inmediaciones de Baécula, no lejos de las minas de plata.»

Hasta aquí Polibio. La posición de Indibil aparece a través de su relato perfectamente consecuente con la situación y acorde con los antecedentes que conocemos del reyezuelo. Abandona una alianza que no le ha reportado sino desgracias e ingratitudes y adopta un partido que garantiza la única condición a la que no estaba dispuesto a renunciar: la libertad. Si fué esta creencia un nuevo espejismo a la postre, no estaba en las posibilidades del reyezuelo el preverlo y su adhesión fué completa y sincera. La conducta inicial de Escipión y sus manifestaciones verbales

eran halagadoras en ese sentido. « El pueblo romano prefiere tener de su parte a los extranjeros por vínculos de lealtad y alianza antes que sujetos por penosa servidumbre »³⁸, habría asegurado a los rehenes de Cartagena. Y a Allucio, el prometido de la joven cautiva que respetó pese a las incitaciones de sus subalternos, al devolvérsela habríale dicho : « Una sola compensación te propongo a cambio de este beneficio : que seas amigo del pueblo romano... »³⁹. Ante tal magnanimidad, divulgada a los cuatro vientos por España, es comprensible que Indibil juzgara llegado el momento de denunciar su convenio con los cartagineses y que el cambio de bando lo consumara en la sincera convicción de que la razón estaba de su parte y con la ingenua seguridad de hallar una garantía para las patrias libertadas.

Indudablemente no se trataba de un caso de oportunismo. Aparte de que las razones aducidas por el régulo ante Escipión son perfectamente comprensibles y reales, es preciso no exagerar las ventajas que le iban en el cambio. No son ellas tales y tantas como para haberle movido por sí solas a cambiar de partido. Si bien Escipión en un golpe de audacia había ocupado la capital misma del imperio púnico en España, la situación general en la Península era pareja por entonces, si no favorable a los cartagineses. La toma de Cartagena no podía borrar del todo el recuerdo de Cástulo e Ilurci y el genio del novel general no se había manifestado aún en su plenitud como para poder confiar ciegamente en que sus dotes personales bastarían para decidir la guerra. Tres ejércitos cartagineses seguían intactos aun y la lucha había de decidirse en rudas batallas. Es pues de descartar la hipótesis de que la conducta de los reyezuelos obedeciera a especulaciones basadas en el estado de la contienda⁴⁰.

³⁸ TITO LIVIO, 26, 49.

³⁹ Ídem.

⁴⁰ Se ha cuestionado si el cambio de partido de los reyezuelos se produjo antes de la batalla de Bécula o después de ésta. El pasaje de Polibio que ha dado origen a esta duda es, sin embargo, claro al respecto. Dice así, refiriéndose a los primeros sucesos posteriores a la victoria de Escipión : « Al día siguiente habiendo reunido a la multitud de los prisioneros, se ocupó de la situación de los mismos. De los hispanos, aquéllos que en dicho lugar habían peleado en esta ocasión por los cartagineses, vinieron a entregar sus personas a la buena fe de los romanos y durante las entrevistas también ellos llamaban rey a Publio. La primera vez había hecho esto y le había rendido homenaje Edecón primeramente, y luego Indibil y los suyos. En aquella ocasión había corrido la voz sin que Publio lo advirtiera. Pero después de la batalla, habiéndose generalizado el aclamarlo como rey, Publio se ocupó seriamente del asunto. Con tal motivo reunió a los hispanos y les dijo que aspiraba a que todos le tuvieran por un hombre de ánimo real y a serlo de verdad ; pero que rey no quería ser ni que nadie lo llamara así. Dicho esto mandó que se le llamase general ».

En cuanto a los términos del nuevo pacto, los compromisos contraídos por Indíbil excluían cualquier obligación lesiva para la independencia de los suyos. El cooperar militarmente con las fuerzas romanas y obedecer en las campañas a los jefes de éstas, es compromiso razonable en todo aliado de menor cuantía, como lo eran los ilergetes respecto de los romanos. Esta fué, según Polibio, la cláusula fundamental del convenio. No conocemos otros detalles del mismo, pero de sucesos posteriores se deduce que no estaban incluidas ni las contribuciones pecuniarias ni la entrega de rehenes en garantía, lo cual prueba que se respetaba sin menoscabo alguno la soberanía ilergete. Todo esto concuerda perfectamente con las manifestaciones públicas atribuidas a Publio, a las que nos hemos referido más arriba. ¿Pero existía la misma identidad entre estas manifestaciones y actos y las verdaderas intenciones de la política romana? Eso, para los hispanos al menos, sólo el futuro podría revelarlo ⁴¹.

La primera acción bélica en que participaron los ilergetes de parte de los romanos, fué la batalla de Bécula. Allí libróse un encuentro entre Escipión y Asdrúbal Barca, que, si bien favorable a los romanos, no fué decisivo ni impidió que Asdrúbal consumara su plan de atravesar los Alpes y llevar fuerzas a Italia. Sólo la luctuosa jornada de Metauro pondría término a su casi logrado intento de unir sus efectivos a los de Aníbal.

Publio fué generoso con sus aliados, especialmente con Indíbil: obse-

Si en el relato que el mismo autor hace en 10, 34-38, no apareciera con suficiente claridad que la adhesión de Indíbil y los suyos a los romanos se produjo antes de Bécula, cosa que confirma Livio, 27, 17, la correcta interpretación del pasaje 10, 40, 2-4 no puede dejar duda alguna sobre el momento en que ocurrió el hecho. En este último no se alude al paso dado por Indíbil sino la actitud de otros hispanos, que en Bécula combatieron por los cartaginenses. Es más, se recalca que ésta es la segunda ocasión en que ocurre un acontecimiento de esa naturaleza, pues el autor puntualiza que los nuevos adictos « también » (*καί*) llamaron rey a Escipión y dice que cuando Edecón e Indíbil usaron esta salutación era « la primera vez » (*πρῶτον*) que tal cosa ocurría, de lo cual se deduce que la presente era otra ocasión distinta. Los dos aoristos (*ἐποίησε* y *προσεκίνησε*) deben traducirse por el pluscuamperfecto castellano pues vertidos por indefinido pueden dar lugar a un equívoco. Finalmente, debe observarse que la hipótesis de que el hecho hubiera ocurrido después de Bécula, está en contradicción con el dato sobre la generosidad con que Escipión premió a Indíbil. No vemos por qué obsequiaría trescientos caballos a quien abandonaba el bando púnico cuando ni su ayuda era necesaria ni los móviles del cambio podían parecer desinteresados. Mas serían de esperar reprimendas o castigos que obsequios.

⁴¹ Véase la opinión que se expone en la nota ⁵⁵.

quió al reyezuelo y a sus allegados con trescientos caballos de los apresados en la batalla. A los cautivos españoles que en aquella jornada habían militado en el ejército púnico, tratólos magnánimamente enviándolos libres a sus tierras, con lo cual aumentó su popularidad entre los naturales ⁴².

Éstos, como se ha dicho antes, volvieron a aclamarlo rey. Publio, que la primera vez o no había interpretado bien el significado de la salutación o no le había dado la importancia que merecía, ahora optó por cortar por lo sano prohibiendo que en adelante se le calificase de tal.

Los años que siguieron fueron de prosperidad para las armas romanas en España. Con la ida de Asdrúbal perdieron los africanos a su mejor general. Los triunfos romanos se sucedieron y en Ilipa, al sur de la península, tuvo lugar en el año 206 la batalla final, a la que siguió la evacuación del territorio hispano por los púnicos. Escipión quedó militarmente dueña de todo el Levante y de la Bética.

Ninguna mención concreta de la participación de los ilergetes en estas campañas posteriores a Bécula nos queda. Pero sin riesgo de errar puede afirmarse que en ningún momento Indibil faltó a sus compromisos. De haber existido incumplimiento de su parte difícilmente hubieran omitido su mención Livio y Polibio, y seguramente ese incumplimiento hubiera motivado represalias de parte de Escipión. Hechos posteriores hacen descartable esta posibilidad.

Además, si no está especificada esa participación, hay alusiones generales a la colaboración de los aliados indígenas en las acciones y aun referencias a la importancia de la misma. Según Polibio ⁴³, cuando Escipión en el año 206 marchaba hacia Ilipa, además del reyezuelo Culcas, « se le iban incorporando durante la marcha los restantes aliados ». Y añade a continuación : « Sin los aliados las fuerzas romanas le resultaban insuficientes para librar batalla ».

¿Cuál era entretanto la conducta de los romanos para con los pueblos de España ? ¿Mantenan su actitud de amigable acercamiento como años atrás ? ¿Se ajustaban a los términos convenidos con las poblaciones peninsulares respetando sus soberanías ? Y concretando, ¿decidida en Ilipa la contienda en territorio peninsular y evacuado éste por los púnicos, tomaban providencias para evacuarlo a su vez o se limitaban al menos a preparar la defensa de los sitios más vulnerables en previsión de un hipotético ataque, dejando libres las restantes zonas ?

⁴² POLIBIO, 10, 40, 10.

⁴³ POLIBIO, 11, 20, 4-6.

Si hemos de resumir la situación al respecto diremos que consideraban ya a la península como territorio conquistado y obraban como verdaderos amos sin dejar a las poblaciones nativas otro dilema que la sumisión incondicional o el más despiadado castigo.

Tito Livio ⁴⁴ dice que Escipión, después de su triunfo en Ilipa, retornó desde la Bética a Tarragona « y durante su marcha, que duró setenta jornadas, se informó de la conducta de los reyezuelos y de las comunidades para poder premiar a cada uno según sus verdaderos méritos ». El hecho de erigirse en juez de la conducta de las poblaciones nada tendría de particular si la indagación hubiera afectado exclusivamente a los aliados de guerra, comprometidos como tales a prestar ayuda, y hasta añadiría nuevo lustre a su magnanimidad si otros hechos no nos aclararan cuáles eran los verdaderos alcances de ese examen y la verdadera acepción que en determinados casos corresponde atribuir al vocablo « premiar ». El mismo Livio ⁴⁵ lo puntualiza cuando dice, refiriéndose a Iliturgis y Cástulo, dos poblaciones situadas en el camino Ilipa-Tarragona, que primero se habían pasado a los romanos y en el 211 se incorporaron nuevamente a los púnicos, que « el castigo de estos pueblos a la llegada de Escipión, cuando las cosas eran dudosas, hubiera sido más merecido que útil; ahora en cambio, reinando la paz, parecería haber llegado el momento de las debidas represalias ». La narración del posterior destino de ambas ciudades, especialmente de la carnicería que siguió a la toma de Iliturgis, son claro indicio del cambio experimentado en la política romana de unos años a esa parte. La noticia de estos horrores tuvo la virtud de que « muchas poblaciones, aterrorizadas por el hecho se entregaran voluntariamente. Muchas otras fueron sometidas por la fuerza » ⁴⁶.

Sucesos análogos tuvieron lugar en Astapa ⁴⁷ y en toda la cuenca del Betis ⁴⁸. Livio resume indirectamente la situación cuando narra que « Marcio fué enviado a someter al imperio obediencia de los romanos a los bárbaros que aún no habían sido sometidos » ⁴⁹:

A éstas violencias y forzadas sumisiones sumábanse exigencias de orden pecuniario. A los regalos no habían tardado en seguir las contribucio-

⁴⁴ TITO LIVIO, 28, 16.

⁴⁵ TITO LIVIO, 29, 19.

⁴⁶ TITO LIVIO, 28, 20.

⁴⁷ TITO LIVIO, 28, 22-23; APIANO, *Ibéricas*, 33.

⁴⁸ TITO LIVIO, 28, 23.

⁴⁹ TITO LIVIO, 28, 21. También APIANO, *Ibéricas*, 32.

nes. No deja dudas al respecto el pasaje de Polibio ⁵⁰ relativo a la recomendación que Publio hace a los tribunos encargados de calmar a los sublevados de Sucrón. Era éste un acantonamiento romano, donde la soldadesca, descontenta por el atraso en el pago de los estipendios y animada por la noticia de que Escipión, afectado por una grave enfermedad en Cartagena, habría muerto, se levantó contra las autoridades militares locales. Restablecido Escipión envió tribunos militares y les dió instrucciones diciendo « que era preciso garantizar a los soldados el pago de los estipendios y que, para que no desconfiasen de la promesa, fuesen reunidas ahora (νῦν) y con premura las contribuciones impuestas anteriormente (πρότερον) a las ciudades para el salario de todo el ejército, de tal modo que se viese que se habían tomado las providencias para el pago de las soldadas ».

Mientras la enfermedad afectaba a Escipión y juntamente con la divulgación de la noticia de su muerte ocurría este grave suceso en Sucrón, otra noticia no menos alarmante llegó a Cartagena: los ilergetes se hallaban en pie de guerra y habían iniciado hostilidades en las tierras de poblaciones aliadas de los romanos ⁵¹.

Las fuentes filorromanas de que disponemos concuerdan en asegurar, por cuenta propia o poniéndolo en boca de Escipión, que el origen de la rebelión ha de buscarse en la ambición y en la ingratitud de los reyezuelos hispanos. Livio dice textualmente que Indibil y Mandonio tentaban suerte con objeto de « asegurarse el trono de las Españas ⁵² ».

Escipión, a estar a los conceptos que le atribuyen los autores, manifestó en un discurso a los sublevados de Sucrón y más tarde en la arenga que precedió a la partida de la expedición contra los ilergetes, que se trataba de traidores « que anteriormente se pasaron a nuestras filas después de violar sus pactos con los cartagineses, y ahora infringiendo una vez más los juramentos y compromisos, se han proclamado ellos mismos enemigos nuestros » ⁵³.

El pretexto alegado por Livio es inaceptable. Sabemos que por la estructura política de la península, fraccionada en multitud de estados interindependientes, y por ir ella contra la esencia misma del carácter hispánico: el localismo, la empresa era superior a las fuerzas de que podían

⁵⁰ POLIBIO, II, 25, 9.

⁵¹ TITO LIVIO, 28, 24.

⁵² TITO LIVIO, 28, 24.

⁵³ POLIBIO, II, 29, 3.

disponer dos caudillos de los muchos que detentaban señoríos peninsulares. Si a los romanos les demandó dos siglos e ingentes recursos y esfuerzos el hacerse definitivamente amos de toda España, ¿cómo puede pretenderse que aspirara a ello la modesta comunidad ilergete con sus reducidas fuerzas? Es de tenerse presente además que no sólo hubieran debido imponerse sobre todas las otras comunidades indígenas sino enfrentar también a otro competidor más fuerte aun que aquéllas: a los mismos romanos. Evidentemente Livio no tuvo en cuenta estas consideraciones cuando se atrevió a afirmar que los régulos perseguían semejante proyecto, o si las tuvo, buscó insertar un pretexto antes que la verdad.

En cuanto a las arengas de Escipión, en ellas ni siquiera se da un pretexto, pues la ingratitud que se señala en los sublevados y aun su pretendida doblez ante los compromisos, serían en último término índice de la falta de trabas morales para consumar hechos dolosos, mas no motivos para lanzarse a una lucha desventajosa y desesperada.

Es decir que esta imprevista sedición de Indibil y los suyos no es posible hallarla expresa, como era natural tratándose de fuentes filorromanas, en los autores que aluden a los acontecimientos que narramos. Pero es fácil deducirla de los hechos que siguieron a la derrota púnica.

¿Fueron los ilergetes directamente afectados por atropellos o exigencias al margen de los convenios? No lo dicen las fuentes disponibles y los sucesos, al menos las violencias militares, parecen haberse limitado al sur de la península. Rehenes y dinero sabemos por sucesos posteriores que aun no les habían sido exigidos.

No es descartable la existencia de roces, que sin ser propiamente actos de atropello armado, lesionaran la soberanía ilergete. Que las fuentes los callen nada prueba en cuanto a su inexistencia tratándose de fuentes francamente parciales. Y no es menester la consumación de hechos concretos de fuerza para que un pueblo caiga en la cuenta en un momento dado de que ya no es dueño de sus actos. La misma presencia del intruso al tomar visos de permanencia basta para justificar el más pesimista vaticinio respecto de sus intenciones. Mas en atención a la seriedad histórica no nos es posible afirmar lo que los únicos documentos disponibles no afirman, y eludiremos buscar la razón de la rebelión ilergete en esos hipotéticos aunque harto probables roces.

Hubo aparte de éste un motivo que por sí sólo se justifica la actitud adoptada: la plena convicción por parte de quienes aún no habían sido objeto de los actos de vandalismo cometidos en el sur, de que en un futuro más o menos próximo dejarían de constituir una excepción en el

nuevo estado de cosas derivado de la reciente victoria romana. Los ilergetes no podían permanecer indiferentes e impasibles ante el espectáculo de la dura suerte corrida por otras comunidades peninsulares. Por grande que fuera el distanciamiento que entre ellas mediaba, ya no podían ignorar que algo al menos las ligaba: su condición de presa codiciable para el imperialismo romano. Si no era un sentimiento de solidaridad, era al menos el instinto del propio peligro y de la propia conservación, el que tenía sobrados motivos para estar alerta ante los cambios que se consumaban en la península. Es preciso tener presente que el intervalo entre la victoria de Ilipa y la rebelión ilergete fué breve, unos meses apenas. Si en tan corto lapso habían tenido lugar los penosos sucesos referidos, ¿qué no había de esperarse en el futuro? ¿A qué contingencias no estaban expuestos si bastó que corriera la nueva de la muerte de Escipión para que la soldadesca de Sucrón creyera que había llegado el momento en que podrían, aprovechando el desorden que se avecinaba, « exigir dinero a los aliados y saquear las ciudades cercanas, cuando toda España ardiera en la guerra »? ⁵⁴

La rebelión encabezada por Indibil no obedeció sino a la comprobación de que España sólo había cambiado de amo. Téngase presente que la actitud de los ilergetes no se concreta a denunciar lo pactado y a adoptar una actitud neutral, sino que es de franca hostilidad con todas las peligrosas consecuencias que ello suponía. Si Indibil se hubiera concretado a lo primero, pensaríamos que la muerte de Escipión, que anunciaban falsamente las noticias, le había movido a considerarse libre ya de compromisos en la convicción de que éstos se referían sólo a la persona de Publio y no al Estado Romano ⁵⁵. Pero Indibil emprende

⁵⁴ TITO LIVIO, 28, 24.

⁵⁵ RAMOS Y LOSCERTALES, *op. cit.*, págs. cit., refiriéndose a las relaciones entre Indibil y Escipión y a los móviles de la ruptura, plantea el problema en términos que pueden resumirse así: Al pactar el régulo con Escipión hubo una especie de malentendido. Mientras Escipión y los suyos lo recibían en calidad de aliado con obligaciones para con el Estado Romano, el régulo creía que su adhesión implicaba sólo un vínculo con la persona de Escipión, convirtiéndose en devoto o soldurio suyo; en tanto que los romanos consideraban que la duración de los compromisos no estaba supeditada a la presencia o actitud de Escipión y que, muerto o ausente éste, dichos compromisos perdurarían, Indibil entendía que cesarían automáticamente al morir Escipión, al ausentarse definitivamente o al violar éste sus obligaciones de protector.

Y añade más abajo: « En la ruptura de los pactos concluidos con los generales cartagineses y con Escipión se advierte un móvil análogo: el de que el pacto se considera extinguido por parte de Indibil tan pronto como cesa la protección de la otra parte contratante. En el primer caso, esa falta se exterioriza en la perpetración de

una guerra a muerte y para explicar su actitud no cabe otra explicación que la de que lo hacía en salvaguardia de la libertad de su pueblo. El propio Livio lo reconoce tácitamente al poner más adelante en boca del

actos abusivos por parte del protector; en el segundo, por la muerte o ausencia». Hasta aquí Ramos y Loscertales.

Que Indibil concibiese el pacto en forma distinta de como lo concebían Escipión y los demás romanos, nos parece aceptable. Mas no podemos aceptar el punto de vista sustentado acerca de los móviles de la ruptura. Ante todo señalemos una vez más que aquí ruptura es sinónimo de rebelión armada.

La explicación en cuestión sería admisible si la ruptura hubiera consistido únicamente en una desvinculación y en la adopción de una actitud neutral y expectante.

Pero Indibil no se concreta a ello sino que ataca de buenas a primera. Esta iniciación intempestiva de hostilidades no puede explicarse por el solo hecho de la muerte, supuesta o cierta, de Escipión, sino que debió obedecer a una de dos razones: o a que Indibil iniciaba una lucha de emancipación porque los romanos habían consumado actos que lesionaban o amenazaban la soberanía ilergete y violaban lo convenido; o al propósito del reyezuelo de adelantarse a los acontecimientos en la seguridad de que la otra parte haría uso de la fuerza para restaurar una situación que consideraba violada por la desvinculación. Cualquiera de ambas situaciones invalida la hipótesis arriba mencionada.

Porque si la sedición fué un acto de rebelión contra la opresión, ello supone un incumplimiento por parte de Escipión de sus obligaciones de protector. Si hubiera, en cambio, tenido carácter preventivo, tal cosa significaría que Indibil sabía a qué atenerse respecto de las relaciones que lo ligaban y no era para él un secreto que su vínculo era, mal que le pesase, con Roma y no con Escipión.

Es indudable, además, que ambas cosas: los actos de opresión o la aclaración del « malentendido » debieron producirse antes de la falsa noticia de la muerte de Escipión y corresponder a éste la responsabilidad, porque entre esta noticia y la rebelión no hubo materialmente tiempo para que ocurriera ni lo uno ni lo otro. Los hechos se desarrollaron en tal forma y con tal rapidez que no es dable suponer que entre la divulgación de la noticia de la falsa muerte de Escipión y el alzamiento en armas del régulo, se hayan producido ni actos de opresión ni negociaciones aclaratorias. En la zona ilergete no había fuerzas romanas en esos momentos. Lo prueban las fáciles correrías de los sublevados por las zonas vecinas. Luego en tan breve lapso no pueden haber ocurrido actos de opresión militar.

Tampoco puede haber habido un planteo diplomático aclaratorio. Ni las fuentes lo mencionan ni hubieran los romanos dejado de señalar que Escipión vivía aún, si la muerte del romano era el pretexto alegado por el régulo para sus exigencias, con lo cual hubieran obligado a éste a permanecer en paz y obediencia.

En resumen, que haya tenido el levantamiento carácter represivo en reparación de hechos consumados, o preventivo en procura de adelantarse a las inminentes represalias romanas por el acto de desvincularse de ellos, en cualquiera de ambos casos Indibil debió conocer la verdadera situación y sentirse impulsado a la rebelión antes de la supuesta muerte de Escipión. Por lo tanto, no pudo ser la noticia de esa muerte el móvil de la actitud del caudillo. Esa noticia no fué, volvemos a repetirlo, sino la ocasión; el verdadero móvil fué la conquista de la libertad.

caudillo estas razones en una arenga cierta o inventada : « No volverá a presentarse otra ocasión tan propicia para libertar a España. Hasta entonces (los españoles) habían obedecido ora a los cartagineses ora a los romanos, y no una vez a aquéllos, otra a éstos, sino en ocasiones a ambos simultáneamente. Los cartagineses habían sido expulsados por los romanos ; si ellos estaban dispuestos a seguirlos, podrían los españoles expulsar a los romanos, de tal modo que, libre para siempre España de todo dominio extraño, retornasen a sus patrias costumbres y usos ⁵⁶.

Indibil dió pues la señal de la rebelión de España contra Róma. Con este paso se iniciaba una lucha que durante casi dos siglos ensangrentaría a la península ⁵⁷.

Con suma habilidad consiguió Escipión, ya restablecido a pesar de las noticias que lo daban por muerto, circunscribir la responsabilidad de la rebelión del campamento de Sucrón a unos pocos cabecillas, en los que ejecutó un castigo ejemplar. Con motivo de la represión arengó a sus tropas y en sus increpaciones contra los responsables aludió repetidas veces a los reyezuelos ilergetes en términos condenatorios y despectivos. Concluido el asunto de la sedición romana, pronunció una segunda arenga, esta vez a las fuerzas que se aprestaban a marchar contra los ilergetes. Repitió las recriminaciones, sostuvo que no se trataba de una nueva guerra sino de una expedición punitiva contra hombres malvados y señaló como objetivo « que en la *provincia domada* con

⁵⁶ TITO LIVIO, 29, I.

⁵⁷ Las razones aducidas para explicar la rebelión de Indibil no pretenden ser la formulación de un juicio moral sobre los derechos que asistían a uno y otro enemigo ni sobre las ventajas que se derivarían para España del éxito de uno u otro. Sólo hemos tratado de conjeturar cuál puede haber sido el punto de vista de los españoles en esas circunstancias y puntualizar aquello que pudo haber causado su lógica indignación, al punto de moverlos a tan tremenda decisión como fué la guerra emprendida. Nuestra perspectiva histórica, que no estuvo al alcance de ellos, nos permite apreciar cuán beneficiosa fué para España la administración y la obra civilizadora de Roma. Los españoles de entonces no podían especular en torno a estas consideraciones *a posteriori* y por ello comprendemos sus motivos así como admiramos su heroicidad.

En cuanto a los romanos no tenemos por qué dudar que también ellos hallábanse perfectamente convencidos de la justicia de su causa. Partiendo del derecho inalienable que se abrogaban, como todas las grandes potencias lo han hecho en todos los tiempos (y España no fué una excepción en su época cumbre), de erigirse en señores de las regiones de « bárbaros » o de « infieles », sentíanse indignados ante la osadía de los alzados en armas.

tanto valor y fortuna a la par, no se pudiese decir que quedaba enemigo alguno » ⁵⁸.

Indíbil y Mandonio entre tanto habían devastado al frente de sus fuerzas los campos de los susetanos y sedetanos, vecinos suyos y aliados de los romanos. En estas operaciones les sorprendió la ingrata noticia de que Escipión vivía aún.

Rudo hubo de ser esté contratiempo ya que todos sus planes descansaban en la certeza de no tener que enfrentarse con tan gran jefe. La bien ganada fama del general invicto presentábalo a ojos de sus enemigos como un obstáculo insuperable para sus proyectos. La noticia de su muerte había animado a Indíbil a afrontar los riesgos de una rebelión ; ahora el desmentido de la falsa versión venía a derrumbar sus mejores esperanzas. Abandonando sus planes ofensivos retrocedió hacia su región y allí se mantuvo a la espera de los acontecimientos ⁵⁹. Éstos fueron tomando un cariz cada vez más grave. La sublevación del campamento de Sucrón, que también había entrado en los cálculos del caudillo, había sido sofocada y, conforme a las noticias que iban llegando, la represión había sido sangrienta.

El ilergete comprendió que ni podía ya contar con una escisión en las filas romanas ni se hallaba Escipión inclinado a transacciones ⁶⁰.

Así las cosas, no quedaba otro camino que la lucha franca y a ella se lanzaron resueltamente Indíbil y los suyos, reuniendo sus fuerzas y situándose en el territorio de los sedetanos. Aquéllas ascendían a veinte mil hombres de infantería y dos mil jinetes ⁶¹. Participaban en la rebelión como aliados de los ilergetes los lacetanos, población vecina ⁶².

De todas las expresiones que empleó Escipión en su arenga para

⁵⁸ Tito Livio, 28, 38. Obsérvese que, si fueron realmente pronunciados estos conceptos, Escipión calificaba a España de « provincia romana ». Si no lo fueron, ellos corren por cuenta de Livio, quien, tras inventar el fútil pretexto ya citado, para culpar a los régulos, menciona ahora, como otras veces, sin proponérselo, la verdadera causa de la rebelión.

⁵⁹ Tito Livio, 28, 25, 11.

⁶⁰ Tito Livio, 28, 31, 5. A fuer de buen romano, Livio, al describir el estado de ánimo de los caudillos de la sublevación, emplea los términos « culpa », « castigo », « perdón » y otros de parecido tenor, convencido de que allí no había sino romanos ofendidos en sus inalienables derechos e ibéricos culpables. El azoramiento en que se hallaron Indíbil y Mandonio se explica por su apurada situación agravada por el restablecimiento de Escipión, sin necesidad de atribuirles gratuitos remordimientos.

⁶¹ Tito Livio, 28, 31, 5.

⁶² Tito Livio, 28, 27 y 28, 34.

demostrar a los suyos cuán de su parte estaba la razón y de cuán poca monta era el enemigo, una al menos era absolutamente cierta: la relativa a la insignificancia del peligro que afrontaba. No porque se tratara, como aviesamente afirmaba, de gente que sólo tenía valor para devastar campos vecinos, incendiar poblados y robar ganado, sino porque, como apunta con acierto luego, nada valían como ejército disciplinado y en formación regular⁶³. En efecto, poco podía hacer el espíritu belicoso, las condiciones personales y el primitivo modo de combatir de los peninsulares frente a la táctica y la disciplina de las legiones. En combate regular la suerte estaba echada de antemano.

La campaña fué rápida. Polibio la narra con párrafos que no han menester de adiciones ni merma. « Al día siguiente (de la arenga) levantó Escipión el campamento y partió. Habiendo llegado al Ebro en diez días de marcha y luego de atravesarlo, al cuarto día sentó sus reales a la vista del enemigo. Entre ambos campamentos se extendía un valle. Al día siguiente, después de ordenar a Cayo que tuviera lista la caballería y de disponer que algunos tribunos tuviesen prestos los velites, lanzó hacia dicho valle parte del ganado que seguía al ejército. Apenas los españoles se lanzaron sobre el ganado, envió contra ellos a algunos velites. Trabado un encuentro entre ellos y acudiendo otras fuerzas en auxilio de ambos grupos se originó una sangrienta escaramuza de infantes. Cayo, que tenía presta la caballería, conforme a lo ordenado, no bien la situación le ofreció ocasión propicia para el ataque, acometió a los que libraban el combate y les cortó las comunicaciones hacia el pie del monte de tal modo que los más de ellos, dispersos por el valle, fueron muertos por la caballería romana. Irritados los bárbaros por lo ocurrido y deseosos de que no los creyeran abatidos del todo a causa del reciente revés, salieron al amanecer de sus reales y ordenaron todas sus fuerzas para una batalla.

Publio hallábase preparado para el encuentro; mas observando que los iberos descendían imprudentemente al valle y que ordenaban no sólo la caballería sino también los infantes en el llano, no se movió aún, queriendo que la mayor parte de los enemigos entrase en dicha formación, pues, aunque confiaba en su caballería, más fe aún tenía en su infantería ya que en los encuentros ordenados y cuerpo a cuerpo era muy superior a la ibérica en el armamento y en la calidad de los hombres.

Cuando le pareció que había llegado el momento oportuno, se situó

⁶³ Tito Livio, 28, 32.

frente a los contrarios que estaban formados al pie de la montaña, y sacando de la formación romana cuatro cohortes, lanzólas contra la infantería enemiga que había bajado al valle. En ese preciso instante Cayo Lelio, que al frente de la caballería había avanzado a través de las colinas que se extendían desde el campamento romano hasta el valle, cayó sobre la retaguardia de la caballería ibérica y la obligó a hacerle frente. Por otra parte la infantería enemiga, que había descendido al valle confiada en el apoyo de los jinetes, veíase acosada y superada en la lucha. Otro tanto le sucedió a la caballería. Acorralada en un estrecho espacio y apremiada, más perecían por obra de sus propios compañeros que en manos del enemigo, ya que por un lado les incomodaba su propia infantería, por el frente amenazábanles los infantes enemigos y por la espalda la caballería de éstos. Ese fué el desarrollo de la batalla. Casi todos los (ibéricos) que habían descendido al valle, perdieron la vida; los que permanecieron al pie de la montaña, huyeron. Estos últimos eran un tercio de todo el ejército y estaban livianamente armados. Con ellos huyó también el reyezuelo Indibil, que se salvó refugiándose en un lugar fortificado »⁶⁴.

La narración de Tito Livio⁶⁵ acota algunas indicaciones de interés. Insiste en el aspecto táctico, que fué decisivo para el resultado de la batalla. « El valle angosto, aclara, no bastaba para contener todas las tropas. . . El ejército enemigo había sido llevado a un lugar donde no cabía toda su muchedumbre. . . » Y respecto de las pérdidas señala que « menos cruenta hubiera sido la victoria de haberse luchado en un campo más abierto y más apto para la retirada ». En síntesis, que a la reconocida superioridad táctica romana se sumó una pésima maniobra inicial del enemigo, que no pudo pasar inadvertida para Publio y hábilmente explotada por éste, precipitó y agravó el desastre ibérico. De nada valió una vez más la tradicional bravura de los peninsulares. Las pérdidas romanas ascendieron a mil doscientos muertos y más de tres mil heridos, lo cual da una idea de lo reñido del encuentro, pues, es de tenerse en cuenta, que estas pérdidas corresponden a la parte disputada de la batalla, en tanto que los más de los caídos en el campo contrario lo fueron cuando ya aquella habíase convertido en una matanza casi a mansalva por el desorden y la imposibilidad de retirada.

Después de la derrota Indibil entabló negociaciones de paz. Envió al encuentro de Escipión a su hermano Mandonio, quien, adecuando a las

⁶⁴ POLIBIO, II, 32-33.

⁶⁵ TITO LIVIO, 28, 33-34.

circunstancias sus gestos y sus palabras, se abrazó a las rodillas del vencedor y calificó de locura fatídica la sedición atribuyéndola a un momento de extravío. A renglón seguido ofreció la rendición incondicional, afirmando que su hermano, él y todos sus súbditos consagrarían sus vidas al servicio de Publio, a quien por dos veces la deberían, si se dignaba echar al olvido lo pasado ⁶⁶.

Hasta entonces todos los factores independientes de la voluntad de los caudillos habíanseles mostrado adversos; en la negociación en cambio una circunstancia fortuita vino a favorecerlos. Esa circunstancia fué la premura de Publio por llegar a Roma antes de las elecciones consulares, en las que pensaba competir como candidato ⁶⁷.

Si bien los ilergetes y sus aliados habían perdido una gran batalla, no estaban del todo aniquilados, como lo prueba el hecho de que meses más tarde estarán otra vez en pie de guerra. Someterlos completamente no hubiera sido difícil para Escipión, pero le hubiera demandado tiempo, a menos que se resolviera a dejar tal cometido a alguno de sus segundos. Pero esto último equivalía a renunciar a la gloria de dejar a España completamente pacificada y ceder a otro, si no el mérito, la fama al menos.

Por ello decidió aceptar las disculpas expuestas « y después de dirigir abundantes reproches a Mandonio, allí presente, y al ausente Indibil, dijo que por sus delitos bien merecían la muerte; pero podían vivir por merced suya y del pueblo romano. Por otra parte ni les quitaría las armas ni les exigiría rehenes, ya que estas prendas son propias de quienes temen una rebelión; antes les dejaría las armas y libres de temor los ánimos; ni en caso de rebelión descargaría su furor sobre rehenes inocentes, sino contra ellos mismos, y no castigaría a un enemigo inerme sino a uno armado. Puesto que conocían las dos alternativas, les dejaba escoger entre la amistad o la ira de los romanos. Así fué despachado Mandonio sin que se le exigiese más que un tributo con que pagar los estipendios de los soldados » ⁶⁸.

⁶⁶ El supuesto arrepentimiento de los régulos y las palabras atribuidas a Mandonio: « uitam pro eo in perpetuum deuocant » parecen fundamentar la hipótesis de que aquéllos entendían que sus obligaciones se referían a Escipión y no a Roma. Pero, después de los recientes acontecimientos, ¿podía subsistir tal malentendido? ¿No serían estudiadas pleitesías hacia la persona del vencedor para apaciguarlo y obtener las mejores condiciones de paz posible halagando su vanidad?

⁶⁷ POLIBIO, II, 33, 8.

⁶⁸ TITO LIVIO, 28, 34.

El mismo Livio no deja de extrañarse ante exigencias tan benignas, y acota a la noticia de la entrevista la aclaración de que « era costumbre antigua de los romanos, cuando se trataba de un pueblo no vinculado al romano por alianza o por pactos recíprocos, no considerarlo sometido ni extender sobre él su poder hasta que hubiese entregado todos sus bienes divinos y humanos, presentado rehenes, dado sus armas y recibido guarniciones en sus ciudades »⁶⁹. Esta vez Escipión se contentó con mucho menos.

Concluido el asunto ilergete, Publio se apresuró a llegar a Tarragona, donde se embarcó para Italia.

La moderación demostrada por Escipión en sus exigencias a los vencidos, no compensaba a ojos de éstos y de los demás peninsulares las desventajas de su situación.

Si alguna esperanza habían abrigado de que al marcharse Escipión también evacuarían la península los ejércitos romanos, pronto hubieron de ver cuán errados estaban. En efecto, si ese error aun subsistía, lo que no es probable, la delegación del mando, que hizo Escipión en Silano y Marcio⁷⁰, y la posterior sustitución de éstos por los procónsules L. Léntulo y L. Manlio Acidinio, no pudo dejarles duda alguna respecto de la situación de dependencia en que habían venido a quedar⁷¹. Las ingentes sumas que Escipión incorporó al Erario romano como fruto de su campaña en España, prueba que los romanos no andaban cortos tratándose de saqueos y contribuciones, si bien es de admitir que parte del botín procedía de los cartagineses⁷².

Todo ello creaba un clima de descontento, que no tardaría en hacer crisis en la primera oportunidad favorable. Al menos eso ocurría con ciertas poblaciones, las más indómitas y guerreras. De otras sabemos que aceptaron mansamente el nuevo yugo y aun cooperaron con los romanos en la tarea de asentar su dominación. Las ventajas de índole práctica que se seguían de la administración romana: orden, paz, comercio y otros beneficios propios de la superior civilización, valían más para los laboriosos y pacíficos habitantes de la costa levantina y de la Bética, que la agreste y feroz libertad que tanto amaban las comunidades guerreras del interior.

⁶⁹ TITO LIVIO, 28, 34.

⁷⁰ POLIBIO, 11, 33, 8.

⁷¹ APIANO, *Ibéricas*, 38.

⁷² TITO LIVIO. 28. 38.

En el verano del 205 la paz de la península se vió alterada por una nueva rebelión del reyezuelo Indibil. Como en la ocasión anterior, Tito Livio atribuye al régulo la culpa de la rebelión, pues, a estar a sus palabras, Indibil promovió la « guerra, no por otra causa que por el desprecio hacia los demás generales (romanos) que le hacía concebir su admiración por Escipión »⁷³.

Evidentemente confunde aquí causa con oportunidad. Que la ausencia del gran romano le pareció a Indibil la mejor ocasión para rebelarse por segunda vez, pese a las forzadas protestas de fidelidad formuladas ante aquél, es cosa clara y reconocida por el mismo Livio cuando atribuye al reyezuelo en arenga a los suyos estos conceptos: « Habiendo sido muertos los demás por Aníbal, el único general que les quedaba a los romanos era Escipión. Tan cierto era eso que, muerto los Escipiones (Publio y Cneo) en España, no tuvieron otro a quien enviar; y al agravarse la guerra en Italia, lo habían mandado contra Aníbal. . . El viejo ejército había sido retirado de España. Todos (los que quedaban) eran cobardes cual confusa turba de soldados bisoños ». A continuación aludió a la verdadera razón del movimiento en términos a los que ya hemos hecho alusión más arriba: « Nunca volvería a presentarse una ocasión más propicia para liberar a España. . . Si ellos estaban dispuestos a seguirlo, podrían los españoles expulsar a los romanos, de tal modo que, libre para siempre España de todo dominio extraño, retornase a las patrias costumbres y usos »⁷⁴.

No sabemos si realmente fué pronunciada esta arenga; pero si estamos seguros de que todo el párrafo refleja lo que a juicio de Livio debió haber dicho el reyezuelo, o sea que refleja lo que realmente debió ser el punto de vista de Indibil.

En la rebelión del año anterior los únicos aliados de los ilergetes habían sido los lacetanos; en la del 205 militaban al lado de ellos los ausetanos y otras poblaciones colindantes. Las fuerzas de coalición llegaban a treinta mil hombres de a pie y a casi cuatro mil jinetes. No sabemos el sitio preciso de la concentración pero nos consta que fué en el territorio sedetano, región que se extendía entre las tierras ilergetes y los ausetanos.

Los procónsules Léntulo y Acidinio no perdieron tiempo. Habiendo reunido las fuerzas disponibles, penetraron en el territorio de los ausetanos, que respetaron no obstante hallarse sus moradores en las filas

⁷³ Tito Livio, 29, 1, 19.

⁷⁴ Tito Livio, 29, 1.

rebeldes. Finalmente llegaron al lugar de reunión de los enemigos y plantaron sus reales a tres millas del campamento ibérico. De inmediato iniciaron gestiones de paz enviando legados, que incitaron a los hispanos a deponer las armas y acogerse a la clemencia romana. La propuesta no halló eco favorable en el campo rebelde y, fracasada la negociación, todo quedó librado a la suerte de las armas.

Ese mismo día algo más tarde, al ser atacados forrajeadores romanos por jinetes ibéricos, habiendo acudido la caballería romana en auxilio de aquéllos, se libró un encuentro indeciso.

La jornada concluyó sin otras alternativas. Al amanecer siguiente el ejército de Indíbil avanzó hasta situarse a mil pasos del romano. En el centro español estaban los ausetanos; los ilergetes ocupaban el ala derecha, y en el ala izquierda formaban, « otros oscuros pueblos españoles ». Entre las alas y el centro la formación ibérica presentaba dos espacios libres bastante anchos, por donde debía maniobrar la caballería.

Los romanos imitaron la formación enemiga y también dejaron espacios expeditos para el avance de sus jinetes. Léntulo había calculado que llevaría la ventaja quien primero lanzase su caballería por las brechas e impidiese maniobrar a la enemiga y, consecuente con ello, ordenó al tribuno Servio Cornelio que al frente de sus jinetes marchase sin dilaciones y penetrase por los claros contrarios.

La batalla comenzó poco favorablemente para los romanos; el ala izquierda cedió ante el ímpetu de los guerreros ilergetes y sólo el oportuno refuerzo de la legión décimotercera, que había quedado en reservas restableció el equilibrio en el sector de la duodécima, que retrocedía peligrosamente. « Emparejada allí la lucha corrió Léntulo hacia Manlio Acidinio, que animaba a los suyos entre los estandartes de vanguardia y conducía refuerzos donde eran necesarios. Anuncióle que todo iba bien en el ala izquierda y que Servio Cornelio, enviado ya por él, envolvería a los enemigos mediante una carga de caballería. Apenas acababa de decir esto, cuando la caballería romana lanzada a través del enemigo, al par que desorientaba a sus formaciones de infantería, obstruyó la salida de los jinetes hispanos. Renunciando a la lucha a caballo, los ibéricos descendieron para luchar a pie. Los jefes romanos, no bien observaron la turbación de los contrarios, su vacilación, temor y desorientación, exhortaron a sus soldados para que arrollaran a los abatidos enemigos y no permitieran que rehicieran su formación ».

« No habrían los bárbaros resistido tan vigoroso ataque si el reyezuelo Indíbil con sus desmontados jinetes no se hubiera lanzado hasta el frente de las primeras líneas de infantes. Una lucha feroz se libró allí por algún

tiempo. Herido de muerte siguió Indibil combatiendo hasta que una pica clavó su cuerpo en el suelo. Los que a su alrededor combatían, sucumbieron acribillados por los dardos y entonces comenzó la fuga por todas partes. Muchos fueron heridos pues los jinetes carecían de espacio para montar en sus caballos y porque los romanos no dieron cuartel a los vencidos. La batalla no cesó hasta que los enemigos abandonaron el campamento. Trece mil hispanos perecieron ese día; casi ochocientos fueron capturados; de los romanos y aliados murieron poco más de doscientos, especialmente en el ala izquierda. Los españoles expulsados del campamento y los que habían huido durante la batalla, dispersos primero por los campos, se dirigieron luego hacia sus ciudades »⁷⁵. Hasta aquí Tito Livio. La narración es digna de crédito, aunque la cifra de las pérdidas ibéricas sea tal vez exagerada.

En el relato aparece claramente destacada la noticia de que la victoria correspondió una vez más a la superioridad táctica. Al ganar de mano la caballería romana a su antagonista penetrando por las brechas de la formación española, ésta dejó de existir produciéndose el desorden que a la postre decidió el resultado del encuentro. También se destaca el lucido papel que desempeñaron en la batalla los ilergetes. En dos ocasiones lo señala Livio: al narrar el apuro en que se vió la duodécima legión y al recalcar que las mayores pérdidas romanas fueron en el ala izquierda.

Pero el mayor lustre de la jornada, en el campo vencido al menos, corresponde al valiente régulo ilergete. En el sitio de mayor peligro, consciente ya de que su decisión equivalía a un suicidio, luchó hasta que, acribillado de heridas, la muerte vino a poner un ocaso digno en su vida consagrada a la lucha por la libertad.

Con él sucumbieron todos sus devotos, fieles a los lazos de vida y muerte que los ligaban con el ilustre caudillo.

La victoria romana fué total. La capacidad de resistencia de la nación ilergete y de sus aliadas había quedado evidentemente agotada después de las dos derrotas. Además había sucumbido el alma de la resistencia, Indibil, y fué menester acomodarse al nuevo estado de cosas.

Una asamblea convocada por Mandonio consideró la situación. Como en casi todos los fracasos, buscóse a quiénes atribuir la responsabilidad en descargo de los más y, tras acusar a los jefes sobrevivientes, se convino en enviar una embajada a los romanos para recabar de ellos condiciones de paz. La respuesta fué categórica: « se aceptaría la sumi-

⁷⁵ Tito Livio, 29, 1-2.

sión si los ilergetes entregaban vivos a Mandonio y a los demás causantes (sobrevivientes) de la guerra ; en caso contrario llevarían la guerra contra los ilergetes, los ausetanos y sucesivamente contra los demás pueblos ».

La desesperación ante la impotencia pudo más que la fidelidad y Mandonio y otros jefes fueron entregados como víctimas propiciatorias. Los vencedores, decididos a consumir en ellos un escarmiento ejemplar, fueron inflexibles en el castigo : todos los jefes fueron ejecutados. Después de esto, termina el relato de Livio, « la paz retornó a los pueblos de España ; se fijó un estipendio doble para aquel año, trigo para seis meses, túnicas y togas para todo el ejército y se recibieron rehenes de cerca de treinta pueblos » ⁷⁶.

Así se extinguió la segunda y última rebelión ilergete. La pérdida de quien había sido alma y adalid del movimiento y las precauciones que indudablemente habrán adoptado los romanos ante gente tan levantisca, acabaron por convertir a los ilergetes en fieles súbditos de Roma ⁷⁷.

Así en el campo del honor sucumbió Indibil. Cerrando con épico y heroico gesto su accidentada existencia. Si ello no fuera testimonio suficiente para medir los quilates de su alma, otros rasgos eminentes comprobados a través de la narración, como el dinamismo puesto de manifiesto en su incansable batallar, la audacia de sus determinaciones y su caballeresca lealtad en los compromisos, nos autorizan a emitir un juicio altamente laudatorio sobre su persona, aunque ignoremos otras facetas de su personalidad y a pesar de los cargos con que las fuentes filorromanas pretenden menoscabarla por razones obvias. Sus fracasos militares en nada disminuyen nuestra apreciación ya que en ningún momento contó con probabilidades de éxito en la lucha desigual contra los más poderosos ejércitos y los mejores generales de su época.

Su más alto título de gloria es el haber sido, al par de su hermano Mandonio, el primer paladín de la lucha antirromana. No es ignorar ni negar la maravillosa misión de Roma como creadora y dispensadora de formas culturales imensamente superiores a las peninsulares, el reconocer en sus ocasionales oponentes los más altos merecimientos, especialmente cuando el norte que presidió sus afanes, fué la inquebrantable voluntad de no renunciar al supremo bien que es la libertad.

JOSÉ MARÍA TRIVIÑO.

⁷⁶ Tito Livio, 29, 3.

⁷⁷ Diez años después de la muerte de Indibil otro reyzeuelo ilergete, Bilistages, pide auxilio al cónsul Catón contra otras poblaciones vecinas y es cumplidamente protegido por fuerzas militares romanas. Tito Livio, 34, 11.